

Estampas del Cinema

Las Estrellas en sus grandes creaciones

PUBLICACIÓN SEMANAL

8 ARTISTICAS
FOTOGRAFIAS

ARGUMENTO DE
LA PELICULA



Nº 9

50-CTS

LAS LUCES DE LA CIUDAD

por Charles Chaplin (Charlot)

LOS ARTISTAS ASOCIADOS



Núm. 65. CHARLES CHAPLIN "CHARLOT" :: Los Artistas Asociados.

"Las Luces de la Ciudad"

Dirigida por CHARLES CHAPLIN
LOS ARTISTAS ASOCIADOS

UNA JOVEN CIEGA	VIRGINIA CHERRILL
SU ABUELITA	FLORENCE LEE
UN MILLONARIO EXCENTRICO	HARRY MYERS
SU CRIADO	ALLAN GARCIA
UN BOXEADOR	HANK MANN
UN VAGABUNDO	CHARLIE CHAPLIN

Chaplin es el artista de los pobres y de los humildes. Ataca a la Injusticia, a la Soberbia, al Error, a la Fuerza; pero no lo hace violentamente, lanza en ristre como el caballero manchego Su lanza es una lanza sin pretensiones: la lanza del Ridículo.

Por eso, en vez de celada y armadura, Chaplin se presenta en el palenque esgrimiendo sus tres armas características: la sonrisa tímida, los harapos de paria, los pies lamentables. ¡Y vence siempre! Al empuje

de sus armas aceradas se derrumban con estrépito los pomposos gigantes de la Comedia Humana.

Helo de nuevo aquí en "Las Luces de la Ciudad", otra creación del mismo "Charlot", y que, como todas las suyas, es cómica hasta disternillarnos de risa y, paradójicamente, a ratos, las lágrimas de la piedad nos humedecen las mejillas... es una piedad que nos mueve a abrazar a Charlot y llevárnoslo a casa a cenar con nosotros y a quererlo mucho...

Argumento

Las tribunas que se habían dispuesto para el público honorable que debía presenciar el acto estaban colmadas. Todo estaba a punto.

Un caballero calvo, impecable en su levita en cuyo ojal se adivina la insignia de una condecoración, acaba de presentarse en una tribuna. Trae en la mano la chistera. Sonríe y saluda... Nutridos aplausos se dejan

oír, y a los aplausos sucede un continuado siseo... el caballero va a hablar, el público aquel muy disciplinado obedece y pronto se hace un absoluto silencio y el caballero empieza su embotellado discurso con las palabras de rigor.. y tras ellas estas:

—Como todos sabéis, queridos conciudadanos, la Corporación Municipal de esta ciudad, que tengo el honor de presidir, concibió la gran idea



Núm. 66. CHARLOT en LAS LUCES DE LA CIUDAD.
Los Artistas Asociados

de donar a la urbe un monumento en que ella, fuese simbolizada. Y gracias a nuestros esfuerzos encontramos artistas que se comprometieron a realizar nuestra idea y he aquí el resultado:

El señor de la levita, que resulta ser el alcalde, después de aquellas palabras que pagó la encopetada concurrencia con nutridísimo aplauso, recorrió las telas y muestra a los ojos de los presentes un monumento de colosales dimensiones, enorme. En el centro, sobre elevado pedestal una matrona sentada; y abajo, un guerrero, empuñando un machete semejante al que blandían los "mambises" cubanos en su guerra de independencia. Casi frente a él, los ojos elevados al cielo, las manos abiertas, toda ella en actitud de éxtasis, otra matrona, pero en pie.

A la Corporación Municipal se le ocurrió llamar al monumento "Paz en la Tierra" como pudo habérselo ocurrido titularlo "Periquito entre Ellas".

El elegante público quedó absorto ante aquel despliegue de mármol blanco pero he aquí que, de pronto, una exclamación de disgusto salió a coro de todas aquellas bocas. ¿Qué ocurría?

Pues nada; habían distinguido en el regazo de la motrona sentada, un bulto negro, que, a medida que se iba observando con detención resultaba ser un hombre... Por la postura de reposo y por su inmovilidad era, cada vez con más certeza, un hombre dormido.

Pero, ¿qué hombre podía ser aquél? Forzosamente un vagabundo. ¡Qué horror! ¡Qué asco le inspiraba! ¿Cómo podía atreverse con sus ropas andrajosas y sucias venir en aquella mañana solemne, en aquel momento augusto, a ser una nota discordante en aquella armonía de gentes perfumadas, bien vestidas y de estómagos satisfechos?

A un gesto del alcalde, el superior de las fuerzas de policía que allí se

encontraba para salvaguardar el orden, hizo que uno de sus subordinados se adelantara hacia el monumento, porra en mano.

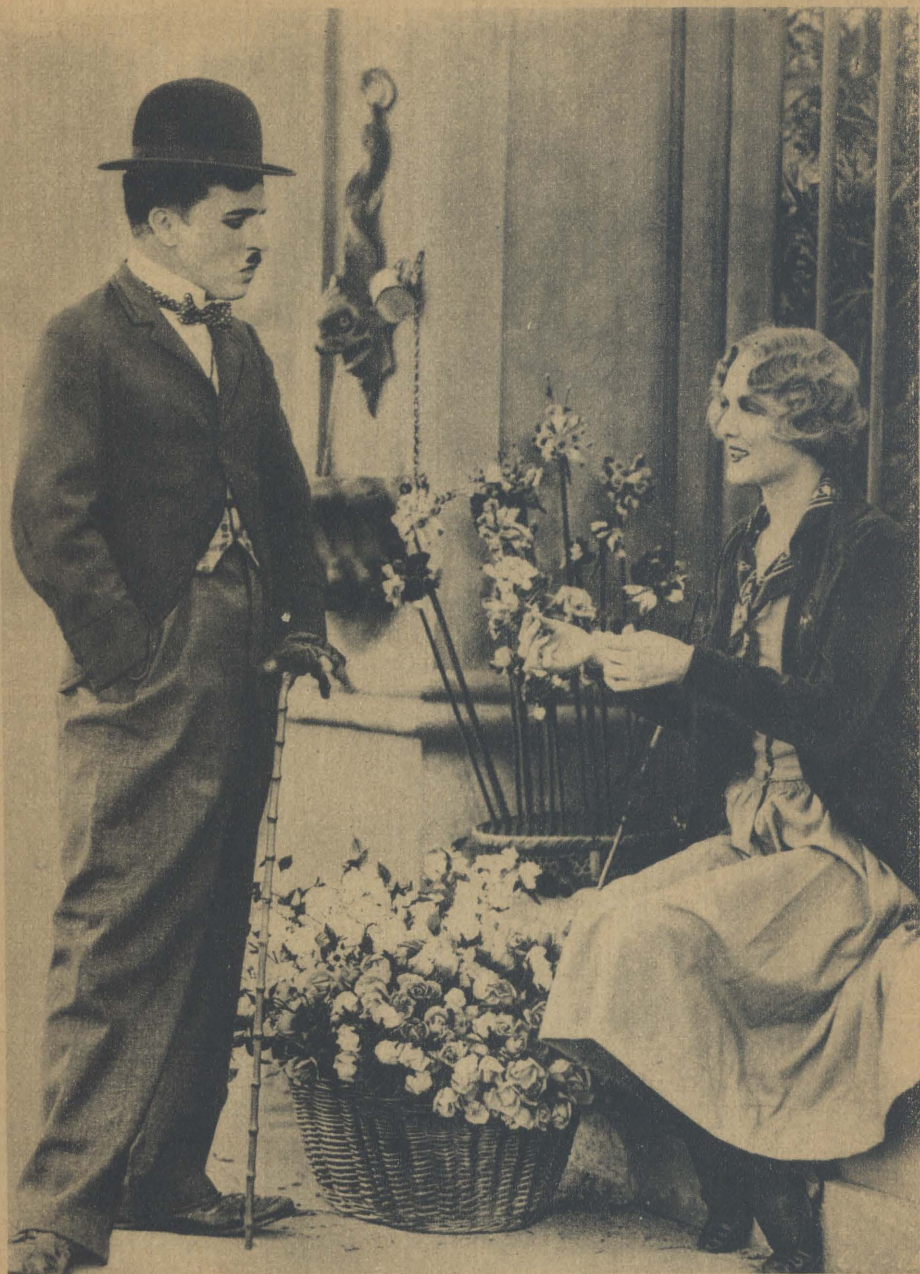
En el público bien pronto sucedió la hilaridad a la indignación. Y es que, en verdad producía risa, una risa loca la figura de "Charlot", con sus pantalones descomunales, su chaquetilla corta y sus pies enormes y su imprescindible bastón.

No había duda; era él. Y el público aquél, hasta entonces tan correcto, reía, reía mandíbula batiente ante los equilibrios que Charlot tenía que hacer para desprenderse del machete cuya punta le había agarrado los fondillos. A cada una de aquellas pruebas frustradas el vagabundo se descubría ante aquella multitud como para pedirle perdón por su azoramiento. Por fin, ya cubierto de sudor el rostro, pudo en uno de tantos hincapiés deshacerse del machete y, poniendo su enorme zapato en la cabeza de la matrona, descubrirse de nuevo y, de un brinco, fué a caer por la parte trasera del monumento, donde, por fortuna, no se hallaba guardia alguno. Se levantó, y una vez se convenció de que nadie le observaba, echó a correr con toda la ligereza que le permitían sus zapatones.

Y seguía su camino, tirando de su colilla, contorneándose, alta le frente, en una mano su imprescindible junquillo, la otra elegantemente colocada detrás.

Una tarde, en que la casualidad le deparó un lunch y un cigarrillo, iba nuestro "Charlot" paseando al azar, contentó de su suerte de aquel día, que no se había contentado con traerle el lunch y el "Camel", sino que le había, en la forma de un amigo, puesto un dollar en un bolsillo.

Pasó por delante de un teatro en el que aquella tarde se ofrecía al público aristocrático una función de gala. Las parejas y los grupos elegantísimos iban entrando en el local. Ellas, luciendo sus espaldas escotadas; ellos, las niveas pecheras



Núm. 67. CHARLOT y VIRGINIA CHERRIL en LAS LUCES DE LA CIUDAD
Los Artistas Asociados

de sus camisas, que se destacaban del negro "smoking".

Charlot no quiso ver más. Dando un rodeo siguió su camino por detrás de los lujosos autos que quedarían estacionados hasta terminado el espectáculo. Pero la cola que aquellos vehículos formaban le pareció interminable y decidió volver a la acera. Se detuvo pensativo un instante y, poniendo en inmediata ejecución la idea concebida, se metió en uno de los autos y salió por la portezuela opuesta, cerrándola de un golpe. Se hallaba ahora en la acera de detrás del teatro. No lejos del lugar donde habíase apeado se encontraba una linda jovencita con un cesto de flores a sus pies y unos claveles en la mano que extendía al pasante. Al oír el golpe de la portezuela del coche que acababa de abandonar Charlot, volvió hacia él su rubia cabecita y le ofreció:

—¿Un clavel para su ojal, caballero?

Al oír aquella voz, que sólo podía ser de un ángel, Charlot se volvió hacia ella y miró a derecha e izquierda en busca del "caballero". Nadie pasaba en aquel momento. ¿Dónde estaría el caballero? ¿Quién sería?

Sólo se encontraba él allí... ¿El? ¿El? No, no podía ser... El no vestía como un caballero, y, sin embargo..., la muchacha insistía, los ojos puestos en él, en Charlot:

—¿Un clavelito para su ojal, caballero? Son acabaditos de coger...

Charlot empezó a ver claro. —Sí, hombre, la chica te ha tomado por el propietario del auto. ¡Naturalmente!— Buscó en el fondo del bolsillo la moneda de veinticinco centavos y cuando tuvo la certeza de que se hallaba allí aun, se aproximó a la joven florista. Esta, al oír sus pasos acercarse, le repitió de nuevo la oferta de su mercancía y añadió:

—¿Rojo o blanco, señor?

Charlot optó por el primer color

y ya iba la muchacha a prenderlo en el ojal cuando se vino al suelo la flor. Charlot, galante, se inclina y la recoge, observando que la muchacha no se había fijado en ello, pues a su vez se inclinaba al suelo y sus manos buscaban, buscaban a tientas... No encontrando el clavel, la muchacha se yergue y le pregunta:

—¿La recogió usted, señor?

—Sí, señorita; yo la recogí... pero ¿es que usted no ve?...

—No, no veo en absoluto.

El vagabundo se la quedó contemplando con profundo sentimiento, que no podía definir... ¿Sería admiración por su delicada belleza, desprovista de sensualismo, o piedad para aquel ser indefenso, humilde?

"Pero ¡qué linda era!", murmuraba Charlot sin acertar a decir una palabra por temor a herir a la niña con alguna tenjería.

La joven continuaba en la misma postura, sus ojos sin expresión elevados hacia él. Una lágrima vino a humedecer los de Charlot, que sacó de las profundidades de su pantalón su fortuna, consistente en veinticinco centavos, y se la entregó.

De pronto, se oyó cerca el golpe de una portezuela al cerrarse. Un caballero "de verdad", esta vez, acababa de abrir la portezuela del coche por donde había salido Charlot y que ahora se alejaba con toda la dignidad de un "Packard".

Al oír el golpe aquel, la florista se adelantó unos pasos y, casi acogojada la voz, gritó:

—¡Señor, señor! ¡Se va usted sin el cambio!

La muchacha, ¡Oh, Charlot!, había realmente creído que tú eras el propietario del lujoso coché.

Charlot hizo un gesto expresivo con los hombros y, andando lentamente, sobre sus tacones, se fué a sentar no lejos de allí, en el mismo apoyo de piedra de la reja donde tenía la florista su puesto. Desde allí podía contemplarla a su sabor y,



Núm. 68. CHARLOT y VIRGINIA CHERRIL en LAS LUCES DE LA CIUDAD
Los Artistas Asociados

¡oh qué dicha la suya! sin ser visto por ella.

La niña, al oír pasos próximos, y, sobre todo, cuando oía acercarse a la acera un automóvil, pregonaba sus rosas o sus claveles, sin que, en la mayoría de las veces, el transeúnte se volviese al oírla. ¡Las gentes, en aquel país, van demasiado aprisa! ¡Su tiempo es oro! ¡Venir a ofrecerles una rosa, un clavel a aquellas noras! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué chocante!

De pronto, la florista se levantó; tomó del suelo un cubito y avanzó hacia el lugar donde se hallaba sentado el vagabundo y él, creyéndose perdido, se encogió cuanto pudo en la estrechez de su asiento y contuvo la respiración. La ciegucecita pasó rozando su falda con las enormes botas de Charlot, pero sin notar su presencia.

Allí mismo, incrustada en la pared, había una pequeña fuente que proveía de agua a la joven florista para mantener fresca su mercancía. Llegada allí la muchacha, medió de agua el cubito, lo emjuagó y echó luego el contenido en... la cabeza de Charlot, creyendo sin duda que lo echaba en el jardín que cercaba la reja.

El vagabundo se enderezó y alejóse de puntillas, mientras sacudía su bombín y maldecía de aquella ducha inesperada que venía a poner fin a aquel éxtasis amoroso. El sol pronto secó sus ropas y pudo de nuevo darse tono con su bastoncito por calles y plazas al azar y descubrirse ante las damas elegantes.

* * *

Eran las cinco y cuarto. La hora en que las oficinas empiezan a desalojarse de aquella multitud que las invadió durante ocho horas consecutivas de labor febril.

La cena aguardaba en el restaurante o en el hogar, para todos ellos y allá se encaminaban con paso tam-

bién febril para luego ir a olvidar en un teatro o en un cine aquellas horas de rudo batallar por el dólar. La noche les esperaba para humanizarlos siquiera unos instantes. Y la ciegucecita oía con tristeza la risa de las parejas que acertaban a pasar por su lado formando planes para aquella noche o para el sábado por la tarde... Para ella siempre lo mismo; la soledad y la noche; para ella no había amigas ni fiestas.

Vivía lejos, en un barrio pobre, en una departamento pobre también, en compañía de su abuelita, que la esperaba siempre ansiosa. La nieta era el único sostén de aquella anciana a quien el peso de los años permitía apenas tenerse en pie. Nadie se preocupaba de la miseria en que las dos vivían. ¡Qué sería de ellas si la joven no vendiese sus flores un día?

Aquella noche, Charlot no encontró lugar donde acostarse y por toda cena consiguió un medio bollo de pan y un trocito de carne en el cubo de la basura que los dependientes de los restaurantes ponen en las aceras a la disposición de los basureros. Se había pasado la noche buscando sin éxito un banco o un rincón donde dejarse caer y guardaba su cena para entonces. Pero ya encima la mañana, tomó el acuerdo de encaminarse a los muelles del río, donde sabía de cierto rincón.

Bajó las escalerillas que conducen a los pequeños muros que a manera de aceras bordean el agua y se disponía a devorrrar su mendrugo cuando reparó en un señor ricamente vestido que, tambaleándose, trataba de echarse una cuerda al cuello después de haber amarrado una enorme piedra al cabo opuesto.

El suicidio para Charlot era un crimen y no podía seguir los dictados de su conciencia permitirlo. Así, pues, engulló el resto de su bollo y de su fiambre y se colocó de una zancada entre el borde del muro y el millonario borracho.



Núm. 69. CHARLOT en LAS LUCES DE LA CIUDAD.
Los Artistas Asociados

—¿Qué va usted a hacer, buen hombre? ¡Yo no puedo consentir que a mi vista cometa usted esa locura!

—¿Y quién es usted que se permite mezclarse en mis asuntos?

—Tengo el deber de hacer el bien. Que el suicidio se me ocurriese a mí, que no como sino rara vez, pase; pero, ¿a usted? ¿Qué le lleva a ese disparate? Nada, usted debe volver a su casa.

Y como el millonario no parecía hacerle caso, lo agarró por las solapas del "smoking". Los dos forcejearon un instante breve, pues, resbalando uno de ellos, los dos fueron al agua, en donde continuaron la lucha; pero, calmados los nervios por el señor, se dispusieron al fin a ser buenos amigos y se abrazaron al poner los pies en el piso de piedra.

Ya en tierra firme, se juraron amistad eterna y el millonario rogó al vagabundo que lo acompañara a su casa para calentarse. Llegados a la aristocrática mansión, y después de haber sido recibidos por un criado de librea que no miró con buenos ojos a Charlot, fueron a sentarse en un diván, en el que nuestro héroe creyó hundirse. El anfitrión preguntó al criado por la señora y como le respondiese que se había ido con todo su equipaje, quiso borrar su tristeza con el whisky, del que hizo participar a su amigo.

Charlot se fué alegrando insensiblemente y, queriendo no acabar por emborracharse, tomó la resolución de ir vaciando en los bolsillos el contenido de las copas que le ofrecía el amo de la casa. Este, optimista ya, dispuso que su nuevo amigo le acompañara a pasar unas horas en un "Club Nocturno" y gritó al criado:

—¡El auto en seguida, Jaime! ¡Vamos a celebrar mi nuevo nacimiento! ¡A vivir, a gozar!

Y entraron en uno de esos lugares en que se bebe y se baila y se

hacen locuras indecibles bajo el amparo de los riquísimos trajes de "soirée" y de los impecables "smo-gings", en cuyos bolsillos abundan los billetes de a mil.

Allí, Charlot hizo su entrada resbalando, pero gracias a la solicitud de su amigo pudo al fin acomodarse en una silla frente a una mesa. Se atracó de lo lindo y pudo después, por primera vez en su vida, fumar un cigarro habano, legítimo habano, él solo. A los postres, no sabiendo qué hacer del puro, lo dejó en una silla, al de una señora que acababa de levantarse, y quien, al volver a sentarse, profirió un grito desgarrador. Su vaporoso vestido prendióse en llamas y Charlot quiso apagarlo con un sifón que para el caso creyó necesario empuñar. La confusión fué enorme. Hubo gritos, desmayos y porrazos. Aquello fué, sencillamente, el disloque.

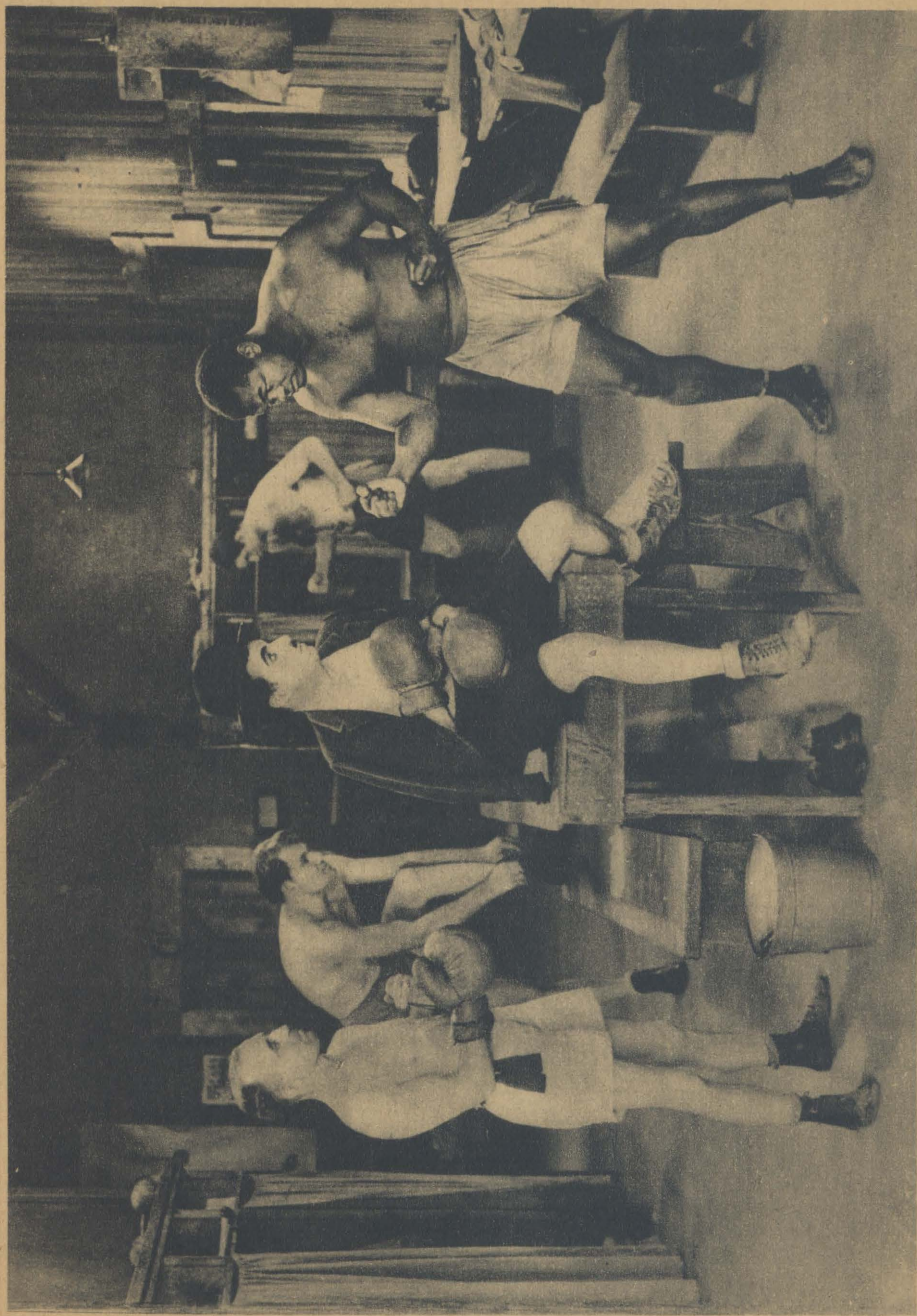
Por fin, tras aquella tempestad, vino, naturalmente, la calma y, con ella y los acordes del "jazz", le entraron a Charlot unas ganas tremendas de bailar y agarrar sin cumplidos a la primera mujer bonita que ve y se vuelve loco y vuelve loca a aquella preciosidad casi desnuda, en un interminable girar por el piso encerado.

Por fin, alieron y quiso la casualidad que no se introdujeran en otro coche que el suyo, en el que, zigzagueando, acabaron por llegar frente a la magnífica residencia del millonario. Este no podía con sus piernas y fué a sentarse en la escalinata que conducía a la puerta. Charlot llamó y antes de que abriesen se volvió a contemplar el soberbio "torpedo" en que, habían arribado y no pudiendo contenerse, le dijo a su propietario:

—¡Qué hermoso coche tienes, granuja!

—Pues es tuyo si te gusta. ¡Sí, hombre, quédate con él!

Abrió el enviado y, agarrando a su amo por los sobacos, lo arrastró



Núm. 70. CHARLOT en LAS LUCES DE LA CIUDAD.
Los Artistas Asociados

hacia el interior de la casa, no sin antes impedir que les siguiese el vagabundo.

¡Solo, solo otra vez, cuando creía haber salido de la miseria! Metió las manos en los bolsillos, buscó en ellos y las sacó vacías. Se sentó a reflexionar sobre la inseguridad de las cosas y, cuando más absorto se hallaba, llegó a sus oídos el taconeo breve de la ciegucecita que a esta temprana hora se dirigía a su puesto. Pasó por allí, delante de él, casi la hubiera tocado extendiendo el brazo. ¡Qué linda era!

Charlot, como movido por un resorte, se levantó; en aquel instante el criado acababa de abrir la puerta y, por orden de su amo, venía en su busca. El vagabundo se precipitó en el salón donde se hallaba medio tendido el ricachón y le soltó a boca de jarro estas palabras:

—¡Oye, compremos unas flores! ¡Anda, facilítame unas monedas!

—Sí, hombre. ¿Cuánto necesitas?

Y así diciendo, el excéntrico millonario extrajo del bolsillo un rollo de billetes.

—¿Te bastará esto?—le preguntó, separando del rollo dos billetes de veinte dólares que le extendió.

—¡Sí, hombre; con esto compro yo un jardín!

Y, sin decir más, corrió en busca de la florista.

A pocos pasos de la casa dió con ella; se descubrió como si ella pudiera verle y le preguntó con su voz más dulce:

—Señorita, ¿se acuerda usted de mí?

La ciegucecita sonrió y, volviéndole la cara, le contestó:

—Sí, señor; ya lo creo; recuerdo su voz muy bien. ¡Fué usted muy amable conmigo ayer! ¡No me olvidaré nunca!

Charlot se quedó viendo visiones. No podía creer aquellas palabras. Y no supo qué decir. Por fin, queriéndole ser grato, le dijo:

—Hoy no tendrá usted que ir al

puesto. Yo le compro todas sus flores.

Sacó del bolsillo uno de los billetes y se lo entregó a la joven sin querer esperar sus bendiciones y tomó las flores. Después de tenerlas ya en el brazo contempló de nuevo a la florista y le pareció, al verla ciega, vestida tan pobremente, que era un crimen guardarse el otro billete y se lo dió. La muchacha iba de nuevo a deshacerse en expresiones de agradecimiento, pero él la atrajo y, tomándola el brazo, la condujo al auto que esperaba. Ya en él los dos, dió orden a Jaime, que acababa de asomarse, de llevar los ramilletes al salón. Y terminó de dirigirse al criado con estas palabras:

—Aguárdame, que no tardaré en volver.

Y, suavemente, el regio coche deslizóse por entre las calles más céntricas para perderse al virar de una esquina.

Al llegar al pisito, ya, sin decirselo, se consideraron novios; una como intimidad les ligaba fuertemente. Al separarse, en el último descanso de la escalerilla, él se atrevió a preguntarla:

—¿Me permitirá usted que la acompañe estos días?

—Cuando usted quiera, señor.

Charlot se envalentonó y, tomando una de las manos de la ciegucecita, depositó en ella un beso castísimo, puro. Se descubrió, saltó más bien que bajó la escalerilla y, sabiendo que ella no lo veía, quedóse unos instantes allí para contemplarla una vez más. Saboreando con verdadera delicia aquel momento embriagador, estaba Charlot, cuando un gato hizo caer sobre su bombín uno de los tuestos que en la ventana de una vecina había. Charlot no esperó más y se alejó, el semblante tristísimo y el corazón adolorido. El bombín le había salvado la cabeza.

El millonario, entre tanto, había recobrado su verdadero "yo" y, enterado por Jaime de su aventura con



Núm. 71. CHARLOT en LAS LUCES DE LA CIUDAD
Los Artistas Asociados

el vagabundo, le dió orden de no recibirlo. Así, pues, Chalort recibió al llegar al palacio el gran portazo en las narices y de nuevo se encuentra solo, en medio de la calle, sin saber de dónde le va a venir el próximo almuerzo.

* * *

La abuelita, sin comunicárselo a la ciegucecita, sabía que dentro de dos tenía que pagar el alquiler de la casa y, desgraciadamente, no había en casa sino lo necesario para cubrir el importe de lo que habría de comer aquellos dos días. ¡Era horroroso! ¿Cómo cumplir? Y allí, sobre la mesa, se encontraba la nota concisa imperiosa... ¡Había que pagar o a la calle! ¿Qué será de ellas, Dios mío!

Hacíase la viejecita estas reflexiones mientras su niña le hablaba de aquel gran señor que le compraba las flores a tan buen precio.

—¡Es tan amable, mamá!...

—¡No te fíes, hija mía!

Pero la niña no la oía, soñaba, soñaba en su príncipe encantador.

* * *

Charlot quiso volver a ver a su nena, que no veía desde hacía no sé cuánto tiempo, y encaminó sus enormes zapatos a la casita en que ella vivía. Al llegar al pie de la escalera se extrañó de no ver el canario y subió los escalones contristado el ánimo... Acabó de llegar y con cautela abrió la puerta, a tiempo de oír decir a un caballero estas palabras:

—No es nada grave; pero la enfermedad durará bastante. Son necesarios muchos cuidados y reposo absoluto.

Charlot se apresuró a desaparecer al oír los pasos de aquel hombre aproximarse y se alejó del barrio, pensando en que debía ayudar a la ciegucecita. Pero, ¿cómo?

¿No decían que el trabajo dignifica? ¡Pues a trabajar se ha dicho!

Al día siguiente se había colocado de basurero municipal y al terminar

su tarea volaba a casa de su novia, que lo seguía creyendo un millonario. Y como las horas se le pasaban tan dulcemente, perdía la noción del tiempo y dos veces llegó tarde ante el capataz, que se contentó con amonestarle, pero a la tercera no hubo disculpa válida. ¡No era ya necesario!

Pero como que al ser despedido cobró unos dólares, hizo grandes provisiones en un colmado de víveres y con ellas se encaminó feliz a casa de la ciegucecita. La niña lo recibe con afecto y él despliega sobre la mesa la variedad de comestibles: manzanas, queso, pan y, entre otras cosas, un pato.

Nuestra parejita es feliz y saborea con deleite el momento de charlar, las manos entrelazadas, juntas las cabezas.

De pronto, Charlot ve sobre la mesa la nota de la casera y se estremece. ¿Cómo poder pagar aquella cuenta ahora?

Se levanta y, sin decir otra cosa que: "Señorita, tengo una cita; volveré tan pronto como pueda", se retira y se aleja apesadumbrado y vuelve a su vagar por las calles con una idea fija: salvar a la ciegucecita.

En su vagabundear pasa por el barrio de los teatros y, de pronto, le detiene, a la puerta de un Club de boxeo, un individuo de ruda presencia.

—¿Quiere usted ganar dinero?

—Sí; no faltaba más. ¿Cuándo y dónde?

—Pues a trabajar.

—El desconocido empuja a Charlot y le propone ganarse cincuenta dólares si en un pugilato de boxeo derriba a su contrincante. El pobre Charlot acepta y le vemos poco después calzarse los enormes guantes y unos momentos más tarde recibir una serie de golpes enormes que por poco acaban con él.

Sin un céntimo y molido el cuerpo, sale del local. Pasan dos días sin probar bocado y dos noches sin ha-



Núm. 72. CHARLOT y VIRGINIA CHERRIL en LAS LUCES DE LA CIUDAD
Los Artistas Asociados

llar dónde tenderse, y ya medio muerto a la tercera noche, a la salida de "cabarets" y teatros, tropezó con su millonario. Este, que sólo era su amigo cuando había bebido lo invita a su casa, y allí, después de satisfacer el hambre, le habla de su amada y de la necesidad en que ella estaba de cuidados y de dinero. El borracho mete la mano en el bolsillo y le pone a su disposición un fajó de a mil.

Mientras el señor se encontraba en el "cabaret", dos ladrones se habían introducido en la casa y en el instante en que Charlot recibía el dinero asestaron un fuerte golpe al millonario en la cabeza, dejándole sin sentido. Charlot, queriendo salvar su dinero, coge un revólver que encuentra a mano y lo dispara. A la detonación desaparecen los cacos y aparece la policía. Los guardias registran a Charlot, le encuentran el dinero y ante tal evidencia lo detienen; pero él les suplica que esperen a que el millonario vuelva en sí para que él diga si en verdad aquel dinero es suyo o no. Pero al volver en sí nuestro millonario no reconoce a Charlot y éste es llevado preso. Pero no contaba el policía con la habilidad de Charlot, que logra escabullirse en la oscuridad, y vuelve a casa de su amada a quien entrega el dinero todo.

Ya satisfecho el vagabundo vuelve a sus paseos en espera de, de un momento a otro, lo detengan. La detención no se hace esperar y

nuestro amigo para una temporada en la cárcel.

Había transcurrido unos meses. La ciegucecita no vivía ya en aquel pisito; tampoco iba a vender flores al pie de la verja de aquel jardín. Una tristeza infinita se iba apoderando de Charlot, que hubiera acabado enfermo; pero el destino se apiadó de él esta vez.

Paseando un día por una calle céntrica, unos muchachos, al reconocerlo, le arrojaban perdigones con tanta impertinencia, que se iba ya a volver para reprenderle cuando, frente a sí, tras el aparador de una tienda de flores, entre cestas atestadas de claveles y de rosas, vió la cabeza gentil de su adorada. ¡Era ella!

La chica, que había sido curada con aquel dinero que dejara él en su falda hacía unos meses, lo veía ahora y le sonreía con lástima. Y tanta lástima debió inspirarle, que salió a la acera y le tendió con una mano un clavel y con la otra un billete de un dólar. Charlot rehusó el billete y, tímidamente, cogió la flor. Y la miraba con una mirada dulce, dulcísima, que la atría. La chica tembló al oírle y le rogó con la yema de los dedos la manga de la chaqueta...

—¿Es usted?—preguntó la nena.

—Sí, sí, soy yo—contestó tímido Charlot.

Y se tendieron las manos. Y el vagabundo fué verdaderamente feliz.

Ruiz Valero

En el próximo número publicaremos las fotografías y argumento de

SU NOCHE DE BODAS

por Imperio Argentina

Es un film Paramount

EDITORIAL GRAFICA - Rambla Cataluña, 66 - BARCELONA

ESTAMPAS DEL CINEMA

En el próximo número publicaremos

SU NOCHE DE BODAS

por Imperio Argentina

Es un film Paramount

Están a la venta los 8 primeros números con las fotografías y argumento de ROMANCE, por Greta Garbo y Lewis Stone, DEL MISMO BARRO, por Mona Maris y Juan Torena, EL GRAN CHARCO, por Maurice Chevalier y Claudette Colbert; LADRON DE AMOR, por José Mojica y Mona Maris; SIGUEME CORAZON, por Charles Rogers y Nancy Carroll; EL DIOS DEL MAR, por Rosita Moreno y Ramón Pereda; HORIZONTES NUEVOS, por Carmen Guerrero y George Lewis; SEVILLA DE MIS AMORES, por Ramón Novarro y Conchita Montenegro.

ESTAMPAS DEL CINEMA será la selección de los grandes films de la temporada.

AVISO

Hemos puesto a la venta el ALBUM para contener 200 fotografías de ESTAMPAS DEL CINEMA

Al precio de TRES PESETAS

Gran presentación. Encuadernación "Expirax" patentado. Precio limitado

El ALBUM de ESTAMPAS DEL CINEMA, con las 25 MEJORES PELICULAS de la temporada, será la más valiosa colección de películas que se ha publicado hasta la fecha.

Concesionario exclusivo de venta para España:

Sociedad General Española de Librería, S. A.

Barbará, 16. - Barcelona

EDITORIAL GRAFICA

Rambla de Cataluña, 66

Barcelona

EL DESEO DE TODO AFICIONADO AL CINE ES POSEER LAS
fotografías y biografías de todos los Artistas Cinematográficos
conocidos. Usted puede fácil y económicamente coleccionarlos com-
prando semanalmente "LAS ESTRELLAS DEL CINE"
8 ARTISTICAS POSTALES Y SUS BIOGRAFIAS
30 CENTIMOS

Están puestas a la venta las 19 primeras colecciones y también un
magnífico Album para 200 postales al precio de Ptas. 2'00 en todas
las papelerías y quioscos.

Enviamos franco portes estas colecciones y album remitiendo su
Importe en sellos de correo o giro postal o

EDITORIAL GRAFICA

Rambla Cataluña, 66

Barcelona
